

UN DIÁLOGO DE AMIGOS

JOAQUÍN RAYEGO

Cuando en las pasadas Navidades disfrutaba en familia del singular encanto de Tenerife, y del espíritu acogedor de su gente, tuve ocasión de compartir unos momentos de charla con mi eventual compañero de viaje; desde el otoño de su vida, pintaba aquél los encantos de su patria chica, refería sus faenas de agricultor y ganadero, y nos ilustraba sobre la filosofía comercial de los nuevos tiempos, y la necesidad de asimilar los negocios a las nuevas tecnologías de la “aldea global”, ...

Complacido en la amenidad de la charla, en la visión del paisaje y en la consideración de que los tiempos cambian para mejor, una parrafada de mi buen ilerdense me vino a sacar de la pasiva actitud de espectador; amigo de extremeños y andaluces, gozaba entre ellos de tal consideración que había sido propuesto como alcaldable por este sector de la población, por el extraño mérito, singular entre sus paisanos, de compartir su trato y de acompañarles en sus duelos, como un feligrés más.

En estos días de vacaciones en que prescindimos del estímulo belicoso de la radio y del reloj me indignó la constatación de una realidad a la que habitualmente nos acercan los infomativos. En unos segundos el molino de la imaginación me hizo presente la irracionalidad de los etarras, el discurso frai-luno de Arzallus, el dinero negro y las pateras, la problemática social, el “si tú supieras, maestro”, que me espeta Raúl cuando le pido que estudie y se interese por las explicaciones del profesor, los intereses mediáticos que nos confunden en su espiral de aculturalización... En unos instantes la ventana del

autobús, vomitaba los Patxis y Jordis que tanta prestancia dan a nuestros organismos autónomos. Los negros cortejos de Goya, la Logse, la droga, la Santa Compañía, El Corte *Infiel...*, aventados por un golpe de irracionalidad volaban al unísono. Aquella fiebre pueril sólo duró segundos. Con distintos nombres, pensé, los fantasmas que perturbaban a Rodríguez Marín seguían ahí, presentes y coleandito: los pósitos de la corrupción, los burbujas del caciquismo, los abusos de duques y esbirros...

Deseando que el cava con sus burbujas y el reloj de la Puerta del Sol, vocero de un nuevo milenio, pusieran razones y olvidos a la imaginación, se me vino al recuerdo la palabra dada a don Francisco Ledesma, para escribir algo sobre su paisano don Francisco. Mi aportación, dentro de las habituales soluciones que solemos dar ante los estímulos que la realidad nos plantea, se me antojaba decimonónica, aunque mi intención fuera más allá del cuento, y de la anécdota por contar. Pero la palabra manda, y poniendo manos al compromiso recordé aquellas dramáticas Navidades vividas por nuestro Bachiller entre los años 36 y 39.

Aquel recién inaugurado año de 1936 había entrado con buen pie para el osunés don Francisco Rodríguez Marín, restablecido como estaba de una grave congestión pulmonar, y de unas fiebres biliares padecidas en el transcurso del 35, que le habían dejado dejado "en los huesos". El sabio octogenario miraba el futuro con prudente optimismo, y su nombre -como escribe Dámaso Santos, en el libro titulado *De la turba gentil... y de los nombres-* aparecía comentado y fotografiado en los resúmenes literarios del año transcurrido, en el huecograbado de *ABC* y otros periódicos retratado junto a los Baroja, Silió, Jarnés, Giménez Caballero, Camba, Bueno, "y otros autores de los libros más notables".

A mediados de julio los vientos de la política dejaban sobre el país un panorama ensombrecedor, y al alzamiento de los elementos contrarios a la República se seguía el triunfo de la sublevación en Sevilla, Galicia, León...

En la zona republicana la situación era de auténtico descontrol. El nuevo gobierno formado por José Giral, entregaba las armas al pueblo, que se organizaba en milicias para hacer frente a la sublevación. En estas circunstancias no es de extrañar que don Francisco abrigara serios temores ante la virulencia que adquirirían los acontecimientos:

“En Madrid, en julio y los meses siguientes del 36, todos los que usamos corbata corrimos mucho peligro. Con todo, el mío fue menos que otros, por mi mucha edad, por no pertenecer a partido alguno, y, principalmente por habitar en la Academia, edificio en el cual el Gobierno hizo poner varios cuarteles, recomendando al pueblo que fuera respetado, por ser edificio perteneciente al pueblo mismo. Así, cuando se contaban cada día por cientos los asesinados la noche anterior y las casas saqueadas, aquí no se hizo ningún registro, ni se ha hecho después de ausentarme yo”.

Tras la caída de Badajoz, Cáceres, y Talavera, Franco era proclamado Jefe del Gobierno del Estado Español y Generalísimo de los ejércitos. El 19 de octubre comenzaba la “batalla de Madrid”. El día 7 de noviembre, tras fuertes combates en la Casa de Campo, las tropas de Varela fracasaron en su intento de tomar la capital. Previamente, el gobierno presidido por Largo Caballero se había trasladado a Valencia, dejando la defensa de la ciudad en manos de la Junta de Defensa.

La situación extrema que afrontaban los milicianos hacía aconsejable la evacuación de ancianos y de niños:

“Viendo que los obuses y los trimotores hundían a Madrid, y que allí no podía permanecer sin gran peligro de mi vida, pues además estaba enfermo, con un catarro crónico y otros achaques, acepté la invitación del marido de Carlota, y me vine a la Mancha, a su casa, el 5 de diciembre de 1936 (...)”.

El 5 de diciembre de 1936, como nos refiere don Francisco, hace su entrada en “la villa de Piedrabuena, situada a veinticinco kilómetros y al NO. de Ciudad Real y antigua encomienda de la orden de Calatrava”.

En estos momentos de éxodo, no sabemos la población que tendría esta villa. Ya en el censo de 1930 contaba con cinco mil ciento cuarenta y tres habitantes, de los cuales dos mil quinientos cincuenta y ocho eran varones y dos mil quinientas ochenta y cinco hembras.

En el número 4 de la calle Real, residían por entonces los Lomeña quienes, según el padrón de 1930, habían establecido allí su residencia familiar en el año 1924. La casa, propiedad de don Salvador Moraleda, “Excusa”, se situaba en lo que hoy son los edificios nº 4 y 6 de la calle Martes, enfren-

tada al quiosco que actualmente hace esquina, en el número 1 de la calle, donde se ubicaba el antiguo edificio de Correos.

El melariense Francisco Lomeña Gahete, destinado en Piedrabuena por su profesión de Registrador de la Propiedad, y Carlota Rodríguez Vecino eran, cuando recibieron la visita de don Francisco, un joven matrimonio de treinta y ocho años de edad.

A Piedrabuena llegó el anciano de la única manera posible, a lomos de cabalgadura, y en lo más crudo del invierno:

“(…) me fui en lo peor del invierno, el 5 de diciembre; el viaje fue malísimo, muy largo y lleno de peligros; y llegué tan malo, que tres días después estuve a la muerte, con una bronquitis aguda, de la cual salí a duras penas (…).”

En tan deplorable situación se hizo necesario el concurso de don José Estebáñez López -Bravo, “el simpático doctor Estebáñez, burgalés, huido luego al campo nacionalista”. El joven, que tenía a la sazón treinta y siete años, “se desvivió bondadosamente por asistirme en aquella bronquitis aguda, y en pocos días quedó conjurado el grave peligro en que estuve”.

La previsión del enfermo también requirió el concurso del Ldo madrileño don Luis Cuéllar López (4-X-96). Este joven, amigo de la familia, se encargó de arreglar el testamento de don Francisco, si bien, y a pesar de los malos presagios de los primeros momentos, la salud del erudito fue recuperándose, gracias al cuidado de los suyos, al concurso de la farmacopea y al cuartillo de leche que, no obstante la carestía de medios, le prescribió don Juan Martín Martín, médico del lugar. El preciado líquido se vendía, por aquel entonces por prescripción facultativa, al prohibitivo precio de treinta céntimos el litro:

“Verá: cuando llegué aquí, después del infernal viaje que ya le expliqué, todo mi organismo estaba hecho polvo. Me costó lo suyo recobrarle un poco; pero este poco no me libró de la arterios-clerosis, y para combatirla en lo que se puede, con los mezquinos recursos de nuestra bélica farmacopea, el bondadoso médico del lugar me recetó unos cuartillos de leche, y desde entonces me tiene usted disfrutando de ese preciosillo y suculento líquido, como un mamoncillo más”.

La acogida de esta villa labriega, a la que San Isidro presta su protección, resultó muy grata al polígrafo que, como refiere en su libro *En un lugar de la Mancha*, agradeció “muy mucho la visita con que me favorecieron los maestros y maestras que tenían a su cargo las escuelas municipales”; no obstante, el mimo con que le trataba todo el mundo y las deferencias que con él tenía el Ayuntamiento, tuvo su contrapunto en la actitud de “una mujercilla desbaratada y alborotadora apodada la del policía”, que sentía animadversión hacia él, y la de su vecina doña Encarnación Jiménez Coronaco, una joven de Ciudad Real. A esta “maestría pinturera”, que braceaba cual Luis Mazzantini, dedicó el erudito su pluma mordaz y sonetil:

Ten esperanza, linda profesora:
Leche habrá, cruda, hervida..., ¡en escabeche!
Leche a jarrillos; leche a cualquier hora.

Pero no todos serán sobresaltos. Cada día, tras los cristales del balcón de su cuartito, que “cae enfrente de la Administración de Correos”, observa con curiosidad el ir y venir de la población, e incluso hace elucubraciones sobre la figura quijotesca de un hombre que “cada cuatro o seis días echa una carta”. ¡Estimable curiosidad la del anciano, a quien nada de lo humano era ajeno!.

Por los años 36 y 37 Piedrabuena registraba una importante población transeúnte, que habitaba en barracones, y que hacía que subiera la población de diez a quince mil habitantes.

El 31 de octubre del 37 el gobierno republicano se trasladó a Barcelona, y el 4 febrero del 38 las tropas de Queipo restablecieron el frente extremeño. Por esta razón llegaron a Piedrabuena muchos extremeños de la Serena, que aún mantenían vivo el optimismo en la retirada:

Semos de Villanueva, / no lo negamos;
pero de Piedrabuena / semos los amos”.

Muy mal debió pasarlo don Francisco, que un tiempo después escribiría a su hermana:

“(…) Verdaderos riesgos hemos corrido en Piedrabuena, sobre todo cuando cayó sobre este pueblo una nube de extremeños evacuados de la Serena por el avance de los nacionalistas.”

El 12 de agosto del 38 el contraataque republicano en Extremadura cortó la penetración de Queipo hacia Almadén. Piedrabuena hubo de albergar al ejército republicano. Cuando el 27 de octubre el S.I.M. comenzó a registrar las casas, don Francisco Lomeña, y otros sesenta y tantos vecinos recibieron del gobierno militar la orden de desalojar sus casas en el término de veinticuatro horas. La orden puso la angustia en el pecho de Rodríguez Marín, como comenta a su hermana doña Josefa:

“Por fortuna, la notoriedad de mi nombre nos arregló el asunto, favor que me sacó las lágrimas a los ojos. Pero aquel 27 de octubre fue, sin duda, uno de los peores de mi vida”.

Cuando en diciembre de 1938 el Sr. Oliver lo visitó, interesado como estaba en la vida y obra del erudito, éste lo recibió en su propia habitación, abrigado con su gorra y guardapolvos, atuendo que el viajero acomodado de la época solía usar para viajar en tren. La estampa del momento quedó recogida en el “Pórtico” de *Confidencias del bachiller de Osuna*:

“(…)la venerable y risueña figura de don Francisco Rodríguez Marín - con el gorrito negro, la barba blanca y los ojillos oscuros-, aquel don Francisco “andaluz, muy andaluz”, como me escribió un día(...) Entramos en el gabinete de trabajo, que resultó ser también el dormitorio, (...) Nos sentamos en torno a una camilla, cubierta de rojo tapete, cuyos largos faldones nos taparon las rodillas. Afuera soplaba un vientecillo tajante, en una atmósfera de diez grados bajo cero (...) Recuerdo una buena cama de matrimonio, alta y bien acolchonada, una mesilla de noche, una estantería cargada de libros y montones de cuartillas; tres sillas, una butaca, la camilla, con el dichoso brasero; una estufa cilíndrica, que despedía, asimismo, un calor muy agradable, y el balcón, un balcón por el que entraba a raudales la luz siempre, y el sol, cuando lucía”.

Atenta a su cuidado estaba Carmen, una catalana que, acabada la guerra casaría con un vecino del pueblo y que, como Angelina Cordobilla en el caso de Lorca, y como tantas otras sirvientas fieles, alegraba la vida del anciano:

“(…) la catalana, que, desde hacía veintiún años, tenía don Francisco a su servicio como fiel criada (...) Era mujer de edad de unos cincuenta, sencilla, discreta y... alegre.”

En tan penosos momentos no le faltó el calor de la amistad. En plena contienda, Manuel Altolaguirre publicaba *Phoenix*, libro escrito por Manuel Machado, en cuyas páginas el poeta sevillano insertó un poema elogioso hacia su amigo Rodríguez Marín, “maestro del soneto”:

Una lámina yo también de oro,
Para rendirte honor y vasallaje
Quise en vaso trocar, y, en homenaje,
Grabar en ella de las Nueve el coro. (...)

Al amor de su hija Carlota, “del pulcro y obsequioso” Lomeña, y de Carmen, don Francisco reemprendió su actividad literaria:

“Desde su refugio manchego -nos dice Oliver, su confidente durante los cuatro meses que duran las entrevistas- escribía a sus amigos, casi siempre en demanda de datos precisos para sus trabajos que le faltaban allí por carecer de libros. Solía hacerlo en el papel de la Academia cuyo membrete decía: “El bibliotecario perpetuo”; pero al verse tan alejado de su cargo y en peligro de que éste cambiase de condición, tachaba lo impreso y ponía: “¡Fíe usted de perpetuidades humanas!”.

En condiciones de vida tan precarias llama la atención que el erudito se queje de la penuria de libros de consulta, cuya falta achaca “al ruin encomiamento o la voluntad pésima del bibliotecario de la provincial de Ciudad Real, a quien yo había sacado de pila en unas oposiciones cuyo tribunal presidí en 1915. Huido y ausente el catedrático don José Balcázar”, y huido a la zona nacional el auxiliar don Antonio Cano Trillo, “que era, como suele decirse, mis pies y mis manos en aquella capital y se desvivía por buscar y enviarme los libros y datos que yo había menester”.

A falta de libros, aún sabía a quien recurrir; su curiosidad le llevó a intimar con la gente del pueblo, con personalidades representantes de los gremios más diversos:

“¡Oh, la Patro, Dominica, el tío Nicolás...! A todos mis bondadosos colaboradores”.

Es así como recogió canciones populares de labios de “El Mellizo”, la Patro, la tía Dominica, y los refranes de boca del ocurrente labriego don Nicolás Sacedón, de quien decía al marqués de Montensión que “podría ser nieto o biznieto de Sancho”.

Probablemente fueron don José Estebáñez López-Bravo, y sus amigos don Pelayo Martín García y don Jaime Rabuerales, los encargados de presentarle al tío Sacedón, nombre de batalla de don Nicolás García Sacedón - que vivía, según testimonio de su nieto, don Nicolás García Sacedón Jiménez, en la calle Rafael Núñez, núm. 10- y quien solía contar a don Francisco cosas acerca de los peces y de las tablas del río Bullaque -situadas a tres kilómetros de la población-. De aquellas tertulias el tío Sacedón refería a sus hijos que había estado en la casa de un “tío frailón”, vestido con gorra y saya larga que, como él no quería hablar, le ofrecía dos copitas de vino dulce.

Otro contertulio del osunés era don Manuel Millán, el pintor y fotógrafo que, retomando quizás una idea que hizo popular, a finales de los ochenta, la revista sevillana *Consolatrix Afflictorum*, rifaba sus cuadros, vendiendo los boletos por un módico “perro”.

Y cómo olvidar su amistad con don Mónico Sánchez. Según nos comentó doña Luisa Sánchez, la hija de éste, Rodríguez Marín frecuentó su casa, para tomar café, en amigable tertulia con sus padres. Nacido en Piedrabuena el 4 de mayo de 1880, este intelectual era promotor desde 1913 de la industria local “Laboratorio Eléctrico Sánchez”, edificio de 3.500 metros que, además de dar trabajo, benefició al pueblo con la traída de agua, la construcción de una central eléctrica, y otras infraestructuras necesarias para la fabricación de inventos tales como el aparato portátil de rayos X y corrientes de alta frecuencia, comercializado en los mercados europeos y americanos con el nombre de Collins-Sánchez.

Cuando el 17 de mayo de 1937 don Juan Negrín formó nuevo gobierno, se planteó la necesidad de nacionalizar las industrias de guerra: el decreto de 16 de junio condenaba de un plumazo la boyante industria local que con tanto esfuerzo había levantado don Mónico. Éste, que por entonces vivía en

la calle de las Tercia núm. 20 -prolongación de la calle Martes- en el local donde actualmente se ubica el edificio de Correos, asistió a la confiscación de su laboratorio por parte de las autoridades locales, salvando la vida gracias a un salvoconducto que Negrín le firmó.

El 9 de febrero de 1939 Negrín pasó la frontera. El día 22 del mismo mes murió en el exilio don Antonio Machado Ruiz. Con la llegada de la primavera, tendrá lugar la toma de Madrid por las tropas nacionales. Una columna ligera, que fue recibida con vítores, bajo el mando del “bizarro coronel Ibáñez de Aldecoa”, fue la encargada de liberar a la población el día 29 de marzo.

Poco después caerá Madrid. El Consejo de Defensa -a excepción de Besteiro- salió de la capital dejándola en manos de Franco. El 1 de abril, a las diez y media de la mañana, Radio Castilla -convertida en Radio Nacional de España- emitió el último parte de guerra, una nota enviada desde el palacio de los Muguero, en el paseo burgalés de La Isla.

El 30 de marzo, a los dos días de la toma de Madrid, don Francisco se apresuraba a mandar -mediante un radiograma- su felicitación al general Franco, a quien debía conocer, pues ambos eran contertulios de don Natalio Rivas. La actuación presurosa del eminente cervantista pensamos que no es sólo achacable al miedo. Cuando se han rebasado los ochenta años de edad no hay muchas cosas que perder, y es lógico pensar que, para el atribulado anciano Franco fuera “el hombre providencial” a quien se había referido años atrás, el abanderado de los que -con sus virtudes y defectos, y pese a la ayuda de italianos y alemanes- defendían el espíritu español.

Para un escritor tan españolista como el osunés, del que Oliver Bertrand destacaba su “(...) acendrado amor a España (...) Una España global, íntegra, sin niveles rasantes ni domeñantes; multiforme, diversa. No sólo Castilla ni sólo Andalucía, sino también Cataluña y el Norte y Levante y Extremadura (...)”, no podía pasar por alto lo que apuntaba gente tan poco “sospechosa” como don José Ortega y don Gregorio Marañón, que “la España rusa es espiritualmente comunista rusa”. Franco se convertía, pues, en el libertador de quien ha vivido preso “los 28 meses que me han ido pareciendo siglos, de mi poco voluntario destierro”.

El 2 de abril, don Francisco comunica a su hermana que su hijo mayor "(...) Pepe, vino desde Badajoz a saber de mí, alegrándose de que "todos hayamos salido con bien de esta negra pesadilla, tan larga para mí, que ha durado dos años y medio" (...) Pepe nos trajo una carga de provisiones, creyendo que estábamos faltos de casi todo, y no estaba muy lejos de la verdad".

En la referida carta dice a doña Josefa que aún tardará unos días en regresar a Madrid; asimismo le da cuenta de la penosa situación en que se encuentran los dos hijos que permanecieron en la capital. No se olvida de preguntar por los amigos, por Vela, y Jaime Oriol. Termina la carta, ¡cómo no!, con una pregunta: "¿Sigue funcionando ese Instituto?".

El 21 de mayo de 1939 regresa a la capital. Tras una larga resistencia de treinta y un meses la ciudad presenta un aspecto deplorable, sin bancos ni arbolado, pues su madera ha servido de leña contra el frío, con restos de barricadas y atrincheramientos -como los del Parque de la Moncloa-. No es difícil que a la mente de quienes han leído a don Francisco acudan citas como aquella que firmara la Pardo Bazán en *La Ilustración Artística*:

"Entre lo que se llevaron los de Napoleón; lo que se robó a la sombra de los desamortizadores; lo que arrebataron los anticuarios y viajeros; lo que el clero enajenó, voluntaria e indebidamente; lo que arrasó el vandalismo del Estado, el vandalismo de las guerras civiles, el vandalismo municipal, el vandalismo de los colegios y academias establecidos en monumentos incomparables, y que los arrasaron en cenizas, no se concibe cómo algo se ha salvado del naufragio. ¡Mucho habría para que pueda aún ser España relicario curioso y afiligranado! ¡Qué de joyas perdidas! ¡Qué de recuerdos borrados, qué de preciosos auxiliares para la historia, si se conservasen!".

¿Cómo es posible entender el ánimo esperanzado con que el anciano encara las circunstancias? No comprendemos que con su edad y con los golpes que ha tenido que soportar tenga ganas de escribir aún. Es indudable que el Bachiller muestra una afición pertinaz a la pluma, aunque no sea todo de color de rosa, como confiesa a su amigo Ledesma:

"Llegué de la Mancha muy echado a perder (...) me sobrevinieron un aplanamiento y una astenia tales, que, por precepto médico, no he hecho nada, sino alimentarme lo bien que permite mi estómago de octogenario.

Ya bastante mejor, hoy empiezo a contestar a más de un centenar de cartas, postales y telegramas que he recibido de España y del extranjero”.

Y aficionado como era a escribir con tinta negra, no duda en llamar al hijo del Dr. Thebussem para que le diera la fórmula, contenida en el opúsculo *Tinta fina y negra de escribir. Fórmula del Dr. Thebussem*. No se conforma con la “tinta azul y endeble” que vende la química extranjera, y pretende hacer él mismo la “tinta negra e indeleble” cuya fórmula diera don Mariano Pardo, para así volver “al antiguo trajinar literario, que no había abandonado por entero en un lugar de la Mancha; y como, ya flaca la vista, hiciese buscar sin hallarla una tinta negra con que escribir, que es lo que naturalmente pide y requiere la blancura del papel, quise hacerla en casa”.

De su estancia en Piedrabuena había traído cuatro obritas, que ahora se esforzaba en terminar. Entre éstas:

- *250 refranes entresacados de los 4.500* que ha reunido en la villa de Piedrabuena.

- *En un lugar de la Mancha...* Divagaciones de un ochentón evacuado de Madrid durante la guerra.

La primera es una recopilación de esa sabiduría popular a la que tanta afición mostró desde sus años mozos. La segunda está dentro de esa corriente literaria de postguerra, verdadera invasión de papel impreso que, a falta de una verdadera narrativa de guerra, consiste en novelar los malos momentos vividos en la retaguardia roja.

El 2 de diciembre del 39, la Corporación municipal de Piedrabuena, reunida en sesión ordinaria bajo la presidencia de don José Gómez, y con la asistencia de don Esteban Herrera, don Inocencio Velasco, y los Sres Martín Sierra, Ramírez, Moraleta y Serrano, acordó por unanimidad colocar una lápida en el número 4 de la calle Marte, conmemorativa de la estancia de Rodríguez Marín en esta ciudad manchega, atendiendo a “un escrito que el catedrático Sr. Balcázar dirige a la Corporación, haciendo un elogio a la obra del Sr. Rodríguez Marín, y proponiendo sea colocada una lápida en la fachada de la casa que ocupó dicho señor cuando escribió su importante e interesante obra”.

El proyecto encontró la decidida colaboración de las hermanas Jareño, doña Amparo y doña Carmen quienes, dos semanas después, rubricaban con su firma la autorización para que la citada placa luzca en la fachada de su casa.

La villa ciudad- realeña se anticipaba así al reconocimiento de uno de los documentadores cervantistas que más documentos ha aportado sobre el insigne manchego, a uno de los más eximios cervantistas de quien los estudios subrayan una “asombrosa labor de veinte años, durante los que han sido concienzudamente estudiados los trabajos de Mayans y Siscar, Pellicer, Fernández de Navarrete, García de Arrieta, Puigblanch, Clemencín, Bartolomé José Gallardo, Alberto Lista, La Barrera, Díaz de Benjumea, Asensio, Hartzenbusch, Valera, Tubino, León Máinez, el Doctor Thebussem (don Mariano Pardo de Figueroa), Toro Gómez, Cortejón, Apráiz, Pérez Pastor, John Bowle, Prosper Merimée, Viardot, Vischer, Charles, Jarvis, Wolf, Fitzmaurice -Kelly, Gebhart, von Wolzogen, Auger, Duffield, Mary Smirke, Ormsby, Edward Walts,...”, y del que don Agustín González de Amezúa en su conocida Bibliografía de don Francisco Rodríguez Marín, destaca una ingente labor cervantista que “desde que en 1899 contribuía al Homenaje a Menéndez y Pelayo con su estudio acerca de Cervantes y la Universidad de Osuna, hasta que, acaso pocas horas antes de su muerte, sacaba sus postreras papeletas lexico gráficas que pudieran servir de autoridades a su nueva edición de El Ingenioso Hidalgo, cabe asegurar que toda la vida literaria de don Francisco Rodríguez Marín discurrió día tras día en un culto fervoroso y apasionado hacia la vida y las obras de Miguel de Cervantes (...) como sintió siempre, una atracción fascinadora e irresistible por aquel lenguaje cervantino durante muchos años le conocí cerca de doce horas de trabajo diario; su memoria felicísima, que le hacía recordar sin vacilación los pasajes del libro en que había hallado la voz desusada o peregrina, no sin dejarlas registradas primero en sus cedulillas y papeletas, unas veces cortadas ad hoc, y otras escritas a la vuelta de los sobres mismos de las cartas que recibía (...) a la postre hicieron de Rodríguez Marín el más docto y profundo sabedor del castellano, tal como se hablaba y escribía por los contemporáneos de Cervantes (...)”, resultando “familiares para él todas las obras del manco sano, hasta el punto que algunas de ellas casi se las sabía de memoria, en tres direcciones o cauces veremos desde entonces discurrir el cervantismo de Rodríguez Marín: sus investigaciones documentales en los archivos; las ilustraciones y comentarios a puntos sueltos de la vida de Cervantes y de sus obras; y sus ediciones críticas”.

El efecto benéfico del homenaje de la villa manchega sobre el atribulado ánimo de don Francisco fue indudable. Él anciano, que aún estaba con la casa en obras, a consecuencia del obús que sobre ella cayó, fue reencontrándose poco a poco con sus “revueltos” papeles y con sus lecturas habituales : “*El Kempis*”, *La vanidad del mundo*, de fray Diego de Estella, y el *Desengaño de los bienes mundanos*, del oidor antequerano Francisco de Amaya”.

¡Cuán admirable es tu poder, Dios mío!
Los grandes y pequeños luminares,
Que giran a millares de millares,
Obra son de tu omnímodo albedrío. (...)
Y pues vivo por tí, Dios soberano,
En tu honra luzca, al par que Antares brila,
El farolito humilde del gusano.

Las dolorosas circunstancias habían reforzado la religiosidad del erudito, quien lucía en el cuello el escapulario de la Virgen del Carmen; solía decir que “las devociones tradicionales de España eran la Virgen del Carmen y Jesús Nazareno, tal como él lo había venerado desde niño en la parroquia de la Victoria, de su pueblo”.

Y mientras rehacía las impresiones y recuerdos de Piedrabuena, no dejaba de tener presente a su pueblo, y la pertinaz idea de que éste contara con un Instituto, como expresara en carta a don Francisco Olid Maysounave, fechada el 11 de noviembre de 1939. No en vano, por su pueblo se había enfrentado a aquellos politicastro que se llevaron de allí el Juzgado de Primera Instancia, por él se justificaba toda una trayectoria en *El Ursaonense*, y siempre se sintió honrado de su filiación, usando “a menudo su nombre, agregándolo al que recibí en la pila de bautismo”. Como escribe el Dr. López Estrada, es un amor “declarado desde el principio de su obra”. No es de extrañar pues que, cuando a finales de 1942 Osuna proyectó un homenaje a su hijo predilecto, le agradara la idea, “por ser cosa de Osuna, a la que no he olvidado nunca”.

Pero no fue el suyo un nacionalismo estrecho, de charanga y pandere-ta. Cuando Chaves y Nogales señalaba el acendrado andalucismo de Rodríguez Marín, apuntaba a su humanismo como una de las razones que le animaron a escoger la línea clásica:

“El falso concepto que se tiene de Andalucía ha hecho que Rodríguez Marín no aparezca como el poeta representativo de la Minerva Bética que debió ser”.

España, Cervantes, Osuna, Sevilla, Cultura, Trabajo... son palabras que conforman el caleidoscopio vital del polígrafo.

Como ponía de relieve Ibáñez Martín en el Homenaje Nacional dedicado a don Francisco “en cualquier retrato espiritual que quisiera hacerse de Rodríguez Marín no podía faltar una fuerte pincelada de claro y luminoso sevillanismo”; de “aquel hálito de hondo españolismo, de amor a las letras, de pasión por el trabajo”, que sobre él dejara Menéndez y Pelayo; y su cervantismo, una pasión “en que lo primero que movía su espíritu era el interés humano, la curiosidad histórica, el afán por perseguir la anécdota, el detalle o la alabra que a veces faltaban para definir a un hombre, para dibujar una época histórica o para describir con un solo trazo la vida, el color y las costumbres de una ciudad”. Una pasión que si antes era de bibliófilos desocupados “a partir de Rodríguez Marín el estudio de la obra de Cervantes se perfila ya como investigación humana”.

Quien de joven firmara con el seudónimo de “Un Devoto de Cervantes”, “Un Devoto de este peregrino ingenio (Cervantes)” plasma en su obra el folclore de Piedrabuena, y levanta un túmulo al más genial de los manchegos; la villa manchega, en generosa correspondencia, ha escrito en piedra toda una alegoría sobre don Francisco. En curiosa simbiosis de cultura y libertad da el nombre de Rodríguez Marín a la biblioteca, un edificio ubicado en lo que fue la cárcel, frente a la que se alza el monumento a don Mónico Sánchez, el sabio local que cortésmente preside la calle que Piedrabuena dedica al polígrafo de Osuna.

Osuna y Piedrabuena simbólicamente hermanadas en ese diálogo cordial entre don Mónico y don Francisco, compartiendo un espacio de cultura, “un ambiente de liberalismo intelectual -como en otro contexto subraya el Dr. Reyes Cano- que hacía posible las buenas relaciones y hasta la cordial amistad entre autores que profesaban credos ideológicos muy diferentes”.

Razones hay para el entendimiento y el diálogo enriquecedor: entre ambos pueblos hay escritas muchas páginas de cariño.